

Es preciso haber vivido en París en 1856 para formarse una idea del esplendor que la gran capital, embellecida y transfigurada, tuvo durante la primavera de este año radiante. En Francia nada seca tan pronto las lágrimas y la sangre como el sol de la victoria. Nadie se compadece de los sufrimientos y de las calamidades de las guerras sino cuando éstas han sido desastrosas. En caso de triunfo, se olvida el mal para no acordarse más que del bien. A nadie se le ocurría echar en cara á Napoleón III, lo mismo que á la reina Victoria, las hecatombes que habían ensangrentado la meseta del Quersoneso. Satisfecha en su orgullo nacional por más que no hubiera obtenido ninguna cesión de territorio ni ventaja personal alguna, Francia se decía que era la gran nación, y esta idea le bastaba. Los periódicos persuadían al país de que causaba la admiración del mundo, de que el soldado francés era el soldado de Dios, *gesta Dei per francos*, y que la guerra de Crimea no tan sólo había salvado el equilibrio europeo, sino también la causa de la civilización general. Los militares olvidaban sus padecimientos para no ver más que las cruces y los grados tan gloriosamente adquiridos. Los paisanos estaban orgullosos del ejército. La población parisiense jamás está contenta sino cuando tiene satisfacciones de amor propio. Lo que necesita ante todo es el triunfo. La gran ciudad se parece á una mujer bonita: quiere que todo el mundo la admire.

En la primavera de 1856, París, lleno de admiración, de animación y de alegría, presentaba un aspecto mágico. Jamás se habían visto trenes tan lujosos, trajes tan ricos ni concurrencia más elegante en los grandes teatros. En todas partes estaba el placer á la orden del día. Entre la sociedad oficial y la sociedad realista del barrio de San Germán había una perpetua competencia de lujo y fiestas. En aquella época los diarios de París apenas se ocupaban de lo que hoy se llaman *mundanidades*, y por consiguiente, hay que acudir á las correspondencias parisienses publicadas en *El Norte* y en *La Independencia belga* para conocer detalles del movimiento mundano.

La fiesta más notable de la sociedad legitimista fué el baile de trajes dado el 2 de abril por la duquesa Pozzo di Borgo en su hotel de la calle de la Universidad. Enrique de Pene escribía en *El Norte*, con el seudónimo de Nemo, un relato ditirámico de esta fiesta. «Ahora, decía, Musa de los placeres mundanos,

canta el baile de trajes de Mad. Pozzo di Borgo, que á pesar de la Cuaresma y á pesar del congreso, venía trastornando las cabezas hacía dos meses y que ha rendido á tantos animosos bailadores.» Todo el mundo iba disfrazado, hasta los criados, que llevaban espadín, el cabello empolvado y casaca á la francesa, y hasta los músicos, vestidos de fichas de dominó. El traje más rico era el del duque de Fitz-James, calcado sobre el modelo del rey Sol, danzando en los bailes de Versalles. Larga y espesa peluca, coraza de rayos, deslumbradora de diamantes y de pedrería de color, nada faltaba á aquel astro salido de las estampas de la Biblioteca imperial.

«A las doce y media de la noche, añade el cronista, hizo su entrada una cuadrilla de gitanos, á la que se aguardaba desde las once. ¿Pero se puede contar con la puntualidad de esta gente? Se habían detenido á cada paso por el camino para hacerse admirar de los amigos y conocidos que no iban al baile, hasta que por fin llegaron á la madrugada siguiente del día para que habían sido invitados, puesto que era más de media noche cuando empezó con ellos el verdadero éxito de la fiesta. Verdad es que á las seis de la mañana ésta duraba todavía. Estos gitanos de ambos sexos han bailado tan bien un precioso rigodón, que tuvieron que repetirlo á petición general, y lo empezaron otra vez haciendo de nuevo su entrada al son de las panderetas y precedidos del sol.»

Los concurrentes se separaron en la mañana del 3 de abril, y por la noche se volvían á reunir en el hotel de la legación de Prusia, ese palacio de la calle de Lila que en tiempo del primer imperio pertenecía al príncipe Eugenio y en el que actualmente está instalada la embajada de Alemania. El conde de Hatzfeldt y la condesa, hija del mariscal de Castellane, daban un gran baile en honor de los plenipotenciarios del congreso. Las embajadas y las legaciones eran entonces un terreno neutral donde se reunían las eminencias de los diferentes partidos. En el baile prusiano M. Guizot se cruzaba con el conde Walewski, el conde de Montalembert con M. Rouher, M. Dumont con M. Aquiles Fould. Los individuos del congreso llamaban como siempre la atención general. También figuraban allí los príncipes de Reuss, el general Narváez, el Sr. Olózaga, lady Clarendon y la condesa de Montijo, acompañada de una hermosa joven española, la señorita de la Paniega, que acababa de llegar á Francia y que se casó dos años después con el mariscal duque de Malakoff.

«El baile de la legación de Prusia, decía también Nemo, ha dado á conocer una gran dificultad que contraría sobre manera á los grandes personajes adornados de un título oficial. Se encuentran enfrente de una sociedad parisiense dividida en dos campos muy distintos: los que van y los que no van á las Tullerías. Simpatías privadas, relaciones antiguas, afinidades de familia, mutuo aprecio unían á buen número de parisienses recalcitrantes á los representantes de las potencias amigas de Francia. Por otra parte, es incontestable que su esfera natural é indispensable es la corte cerca de la cual están acreditados.»

Antes de salir de París, los primeros plenipotenciarios asistieron á fiestas

magníficas donde les colmaron de atenciones y agasajos. La que se les ofreció el 7 de abril en la Casa de la ciudad fué sorprendente. Se había construído un teatrillo en el fondo de la galería de fiestas, y en él cantaron una ópera de Auber, el *Concierto en la corte*, la Albani, Mlle. Lefebvre, Mlle. Carolina Duprez, Jourdan y Ricquier. La Rosati y Merante bailaron, Alard tocó el violín y Bottesini el contrabajo. Padeloup dirigía la orquesta. ¡Qué función tan deliciosa! ¡Qué auditorio tan escogido! El golpe de vista era encantador; por todas partes se veían flores, diamantes, oleadas de luz.

La condesa Damremont escribía: «Hemos tratado magníficamente á los plenipotenciarios, y lo que me admira es que hayan tenido la suficiente resistencia para aguantar esas batallas de tenedores y botellas. Parece que lo que les ha maravillado más es el lujo de las oficinas de nuestros grandes funcionarios. La Casa de la ciudad es en efecto la primera del mundo, y la fiesta que se ha dado en su honor no podía ser de una magnificencia tan extraordinaria si no la hubiera pagado la ciudad de París.»

El 10 de abril unas mil doscientas personas asistían al baile dado por el embajador de Turquía Mehemet-Djemil-Bey. La fiesta fué magnífica.

Como el sultán había querido asistir á una fiesta del embajador de Francia, el emperador quiso asistir al baile de la embajada otomana. A los dos días, el gran visir Aali-Baja escribía desde París á M. Thouvenel: «El emperador se ha dignado honrar con su presencia nuestra fiesta del 10. Me es imposible decir cuánto me ha lisonjeado este gran favor imperial, que es un motivo más para el odio de los envidiosos.»

El 12 de abril hubo en las Tullerías un banquete dado por Napoleón III en honor de los individuos del congreso. Los cardenales, los mariscales, los presidentes de las grandes corporaciones del Estado, los grandes oficiales de la Corona, asistían á él con los ministros extranjeros. El emperador, que ocupaba el centro de la mesa puesta en forma de herradura, tenía á su derecha á lord Clarendon y á su izquierda al conde de Buol. El príncipe Napoleón estaba enfrente del monarca, teniendo á su derecha al conde Orloff y á su izquierda á Aali-Baja. Durante la comida, la música de los guías y los coros del Conservatorio ejecutaron alternativamente piezas de música y de canto. Hacia el final del banquete, Napoleón III se levantó y dijo: «Brindo por la unión de los soberanos felizmente restablecida. ¡Ojalá sea duradera, y lo será si está basada en el derecho, en la justicia y en los verdaderos y legítimos derechos de los pueblos.»

Las relaciones del enemigo de la víspera eran ya sumamente cordiales. El general duque de Mortemart, que mandaba á la sazón la división de Bourges, escribía al mariscal de Castellane: «¡Qué hermosa paz! Lo que puedo asegurarte es que mi antiguo vecino de tienda durante la guerra de los Balcanes en 1828, el conde Orloff, está entusiasmado con el emperador, y dice que es el árbitro de lo justo y lo verdadero en el mundo.»

Napoleón mantenía relaciones especialmente amistosas con Prusia y con toda la Alemania. El rey de Wurtemberg fué su huésped en el mes de mayo. Llegado el 3 á París, este monarca se alojó en las Tullerías en el pabellón de Marsán. El 5 comió en el Palacio real con su cuñado el rey Jerónimo. El príncipe Napoleón; la princesa Matilde; el barón Wächter, ministro de Wurtemberg en Francia, y su esposa; el barón de Fatenheim, caballero mayor del monarca wurtembergués, figuraban entre los comensales. El 13 el rey salía de París para regresar á sus Estados, encantado de la acogida que el gobernador le había hecho. Las antiguas disensiones entre Francia y Alemania parecían olvidadas por siempre.

El 13 de mayo el emperador y la emperatriz se instalaban en el palacio de Saint-Cloud con su hijo, que salía por vez primera de la capital. El 13 de abril el duque de Alba había llevado de parte de la reina Isabel el Toisón de Oro al pequeño príncipe que el 28, día en que se había promulgado en el *Moniteur* el tratado de paz, había sido inscrito como soldado en los registros del primer regimiento de granaderos de la guardia imperial. Habíase fijado para el 14 de junio la fecha de su bautizo, que debía celebrarse con extraordinaria pompa en Nuestra Señora de París.

Y no era solamente la corte la que estaba en perpetua fiesta: la ciudad parecía también llena de júbilo. Como se ganaba mucho dinero, se le gastaba con gran facilidad. Todas las industrias parisienses, sobre todo las de lujo, realizaban pingües ganancias. Los financieros se mostraban de un optimismo imperturbable, y se habría tratado de alarmista y de pusilánime al que hubiera creído vislumbrar un punto negro en el horizonte. La transformación de París, efectuada como al golpe de una varilla mágica, coincidía del modo más oportuno con la celebración de la paz. Las predicciones del gran prefecto, el barón Haussmann, se habían realizado. Este funcionario había dicho: «Que los gastos extraordinarios no son enemigos de los presupuestos; que si se hacen con inteligencia enriquecen en lugar de empobrecer y producen un aumento general de la renta.» Había recordado la frase de Luis XIV á Mansard: «Construíd, construíd sin parar; haremos el anticipo; los forasteros nos reembolsarán.» ¡Los forasteros! Habían acudido en considerable número para admirar las maravillas del nuevo París, que era ya la ciudad cosmopolita por excelencia. El parisiense, que al principio había criticado la obra de transformación, la aplaudía desde el momento en que la veía realizada. Se paraba ante los *squares* que distribuían ampliamente el aire, la luz, el verdor, todo lo que contribuye á mantener la salud pública ó á preservarla. Recorría con placer las nuevas vías y contemplaba el Louvre, cubierto todavía de andamiajes, pero que en breve iba á aparecer en su esplendente y majestuoso conjunto.

«Cuando hacía buen tiempo, ha dicho M. de la Gorce (*Historia del segundo imperio*), el parisiense prolongaba su paseo, lo prolongaba por el Carrousel, desbarazado definitivamente de las vergonzosas destrucciones que lo habían obs-

truído por espacio de tanto tiempo; los más animosos proseguían su camino, y al través de las largas avenidas llegaban á los Campos Elíseos y aun al bosque de Boulogne que un arte lleno de gracioso desorden acababa de embellecer y que imitaba con ventaja los esplendores de Hyde Park.»

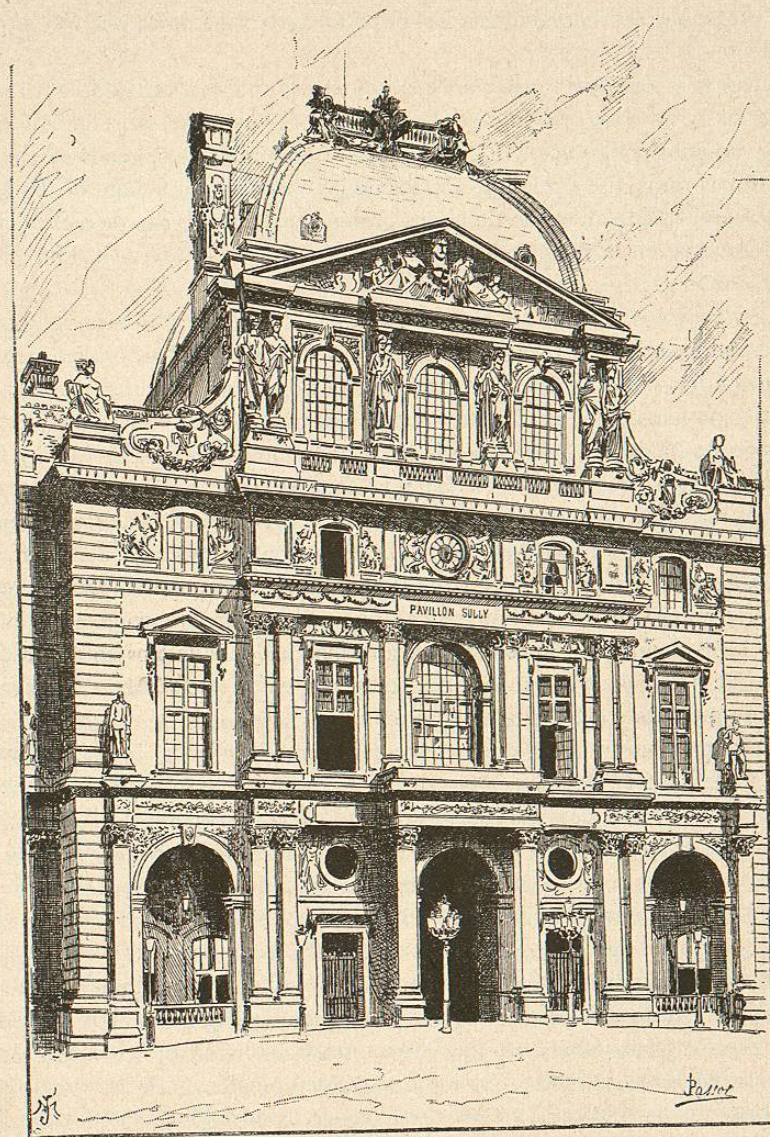
Por el camino se admiraba el servicio de policía reorganizado y aumentado,



Palacio del Louvre en París

el de vialidad mejor organizado, el macadam sustituyendo al empedrado, el servicio de aguas mejorado y desarrollado, la circulación de los ómnibus que empezaban á recorrer todos los barrios. Luego, cuando la llegada de la noche invitaba á retirarse, causaba maravilla la interminable serie de luces de gas que brillaban á ambos lados de las vías regulares, y bajo la impresión del deslumbramiento causado por todas esas cosas nuevas de que ahora nos parece que hemos disfrutado siempre, los más cuerdos, los más previsores, los menos entusiastas, olvidaban las preocupaciones del presente para admirar ese París tan brillante, tan animado, tan dorado, para desear que, no obstante ciertas señales contrarias ya visibles, el segundo imperio igualara por su renombre de prudencia al seductor prestigio que debía á su esplendor.

Crimea, que iba á ser evacuada por las tropas aliadas, no enviaba ya á Francia más que ecos alegres. En un despacho dirigido desde Sebastopol al ministro de la Guerra decía el mariscal Pelissier: «Por mi parte, señor mariscal, tengo la satisfacción de deciros que no ha habido estrella que brillara con más



Louvre. — Antiguo pabellón del Horloge (hoy Sully)

vivo fulgor que la del emperador. Esa paz firmada sobre la cuna de un niño será el más feliz presagio. Si el emperador y la emperatriz se dignan aceptarlas, os ruego que les comunicuéis las respetuosas felicitaciones del ejército y las mías.»

Rusos y franceses se habían hecho grandes amigos, verdaderos hermanos de armas. Habríase podido creer que durante la guerra habían combatido juntos y no unos contra otros. El 13 de abril el general Luders, general en jefe de las tropas rusas, fué á reunirse con los de las aliadas en el puente de Traktir, y los condujo á una altura desde la que presenciaron una revista de diez mil hombres pasada en la meseta de Makenzie. Después de la revista les ofreció un gran banquete.

Para corresponder á este acto de cortesía, el mariscal Pelissier y el general Codrington, nuevo general en jefe del ejército inglés, invitaron á su vez al general Luders á una brillante revista, que se efectuó el 17 de abril de 1856 con un tiempo magnífico. El ejército francés, teniendo á su derecha el reducto del collado de Balaclava, su centro á la altura del monasterio de San Jorge y su izquierda hacia Karatch, presentaba una línea de batalla de más de doce mil metros de desarrollo. Había allí cien batallones de infantería por batallones en masa, treinta escuadrones de caballería y ciento noventa y ocho bocas de fuego, en total cincuenta y cinco mil soldados franceses. «El emperador, escribió el general Pelissier, se hubiera dado por muy satisfecho, como yo lo he estado, al contemplar la apostura y el aire marcial de nuestros soldados, á los cuales he noticiado aquel mismo día las recompensas que S. M. se ha dignado autorizarme para concederles en su nombre.»

Oigamos á un testigo ocular, el general Fay: «El mariscal Pelissier, dice en su notable é interesante obra *Recuerdos de la guerra de Crimea*, hizo al general Luders los honores de estas magníficas tropas que tan valientemente habían combatido y que con sus uniformes raídos y remendados se presentaban tan airosamente como en un día de parada estando de guarnición. Detrás de los generales en jefe galopaba un considerable grupo de oficiales de todos los ejércitos, que ofrecían el espectáculo más pintoresco. Las banderas francesas, ennegrecidas por la pólvora, desgarradas por los proyectiles rusos, se inclinaban sucesivamente ante el general, poco ha nuestro enemigo y al que hoy saludaban con respeto, y aplaudían á las que habían sacado del combate el asta y algunos jirones solamente. Después del desfile, el ejército inglés, fuerte de treinta mil hombres, fué presentado á su vez por el general Codrington al general en jefe del ejército ruso.»

LV

LAS INUNDACIONES

Como para hacer sombra al luminoso cuadro de la primavera de 1856, el 31 de mayo se recibieron en París siniestras noticias. «Las aguas del Ródano, saliendo de su cauce, cubrían en Lyon, por una parte los barrios que le separan del Saona, y por el otro los Brotteaux, la Guillotière y todos los campos inmediatos. Al día siguiente se supo que algunos barrios de la ciudad estaban amenazados de una ruina completa; que más allá de Crenoble, el valle del Grésivaudan desaparecía bajo las aguas; que la llanura de Vaucluse estaba sumergida en parte, y que en Aix las ondas del Ródano llegaban á batir el arrabal de Trinquetaille, mientras que más allá de la Camarga se veía como un inmenso lago. Al recibir esta noticia, el emperador partió inmediatamente de Saint-Cloud, á fin de atender personalmente á los auxilios que debía llevarse á las víctimas de las inundaciones. Iba acompañado de su ayudante de campo el general Niel; del general Fleury, su caballerizo mayor; de M. Rouher, ministro de Obras públicas; de M. Franqueville, director de Puentes y Calzadas; del capitán Puységur oficial de órdenes, y de cuatro individuos del escuadrón de los cien guardias.

1.º de junio. — Napoleón sale de Saint-Cloud y pernocta en Dijón.

2.º de junio. — A las diez y media de la mañana llega á Lyon, de uniforme, con su séquito, y le reciben en la estación el mariscal de Castellane y el senador Vaisse, encargados de la administración del departamento. Se apea en el hotel de Europa, donde almuerza, y á las once y media monta á caballo: dos gendarmes y ocho dragones á las órdenes de un sargento, y á su cabeza un ayudante de campo del mariscal de Castellane, preceden al soberano, que atraviesa la calle Imperial, el puente Morand, las Charpennes, los Brotteaux y la Guillotière. En medio de sesenta mil obreros, de sus mujeres y de sus hijos, todas víctimas de la terrible inundación, el emperador, muy pálido, saca dinero sin contar de dos sacos llenos de oro, sujetos en el arzón de su silla, y distribuye los auxilios con una bondad que conmueve á todos, prodigando palabras de consuelo. Después visita los dos diques del Ródano, para ver las brechas que se han abierto, y vadea varios puntos de las calzadas cubiertas por las aguas. Se le prodigan *bravos* y aplausos, y por doquiera resuenan á su paso los gritos de «¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz! ¡Viva el príncipe imperial! ¡Viva el padre del pueblo!» Al decir del mariscal de Castellane, jamás se vió semejante ovación.